

INSOMNIO

Algunas noches el sueño tarda tanto en llegar
que te levantas a buscarlo por la casa.
Enciendes luz en la cocina y por un instante
acaso te parece que todas las cosas palidecen,
como si sacados de su sueño se sobresaltaran
las cucharas, la fruta de cera, los tarros de las especias.

El frigorífico que abres está caliente por fuera
y frío por dentro, como tu corazón esta noche:
uno de los dos echará a perder cuanto se le confíe.
Dentro, sobre un plato, la cebolla es un acertijo
que nadie jamás ha sido capaz de descifrar.
Podrías con los ojos de los dedos desenvolver
eternamente ese regalo y no ser tuyo nunca,
no encontrar jamás lo que la cebolla tiene para ti.
Así, a veces, parece comportarse también la vida,
esa sucesión de días y más días, de capas y más capas
que no podrás deshojar sin una lágrima de rabia.

Te sirves un vaso de leche y aguardas una revelación.
La silla que debajo de ti crece es un bosque doméstico
que a ratos sueña con cedros blancos, con pájaros.
El grifo tiene un mantra nuevo, pero lo esconde.
Un hilo de araña va del reloj de pared al reloj del espejo.
¿Qué expedición se perdió allí dentro? ¿Qué equilibristas?
Pero apagas las luces y vuelves a la cama buscando
a tientas el cabo del sueño, el resto de la telaraña.
Has olvidado, intacto, el vaso de leche sobre la mesa
y ahora es la única luz en el centro de la noche,
un tachón blanco en mitad de una página oscura.
Luz purísima del insomnio, ¿a quién más aguardas?

Deslumbrado, al otro lado de la calle o del mundo
alguien despierta y este poema comienza de nuevo.

Jesús Jiménez Domínguez, *Frecuencias*, Visor, 2012